

Fiesta del Bautismo del Señor (2025)

Para leer las lecturas, mira: [aquí](#).

Homilía de Padre Sirba:

Hoy celebramos la fiesta del Bautismo del Señor. Esta fiesta llega justo al final de la temporada navideña, lo que significa que el lunes comienza de nuevo el Tiempo Ordinario y guardaremos nuestras decoraciones navideñas por otro año.

La fiesta que celebramos hoy llama la atención sobre el bautismo de nuestro Señor, pero al hacerlo, también llama la atención sobre el bautismo en general y sobre nuestro propio bautismo en particular. Por lo tanto, me gustaría decir algunas palabras sobre el bautismo.

Así que lo primero que me gustaría decir es esto: la mayoría de las personas no pasan mucho tiempo pensando en el bautismo. No es algo que surja de manera regular. No es algo que esperamos con ansias. No es como un cumpleaños o un aniversario o Navidad.

Tampoco es algo que tengamos que hacer de manera rutinaria. No es como hacer las compras o cambiar el aceite o lavar la ropa.

Además, el bautismo no es como un evento futuro que estamos planeando. No es como cuando planeamos unas vacaciones de verano o, a más largo plazo, planificar lo que vamos a hacer cuando nos graduamos o dónde viviremos cuando nos jubilemos. El bautismo tampoco es algo que nos preocupe como si fuéramos a hacer un examen o a una entrevista de trabajo.

El bautismo no es como ninguna de estas cosas.

Más bien, el bautismo es como recibir una vacuna contra el tétano, una tarjeta de seguridad social, una licencia para el remolque de un barco o abrir una cuenta en Amazon. Obtienes esas cosas o las haces porque las necesitas, pero después de eso, no piensas más en ellas.

Para la mayoría de nosotros, el bautismo es así, y para demostrar mi punto, déjame preguntarte, ¿cuándo fue la última vez que pensaste en tu propio bautismo?

Si eres como la mayoría de las personas, probablemente haya pasado un tiempo, pero probablemente también tengas una buena razón. No es que no nos importe nuestro bautismo. Más bien, es solo que la mayoría de nosotros éramos bebés cuando nos bautizamos, por lo que no tenemos recuerdos de nuestro bautismo. Todo lo que tenemos son fotos del sacerdote bautizándonos mientras nuestros padrinos y padres observaban.

Entonces, si no recordamos nuestro bautismo, y casi nunca pensamos en él, ¿eso significa que no es importante o que no es significativo?

Absolutamente No.

El bautismo es esencial. De hecho, el bautismo es necesario para la salvación. Jesús dijo: **"En verdad te digo: El que no renace del agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. (Jn 3,5)."** Creemos que Jesús estaba hablando aquí del bautismo. También es cierto que Jesús ordenó a los apóstoles que fueran y bautizaran a todas las naciones (Mt 28,19).

Por último, quisiera señalar que debemos imitar a Jesús en todas las cosas. Debemos hacer lo que Él hizo, y el hecho de que nuestro Señor mismo fuera bautizado (aunque no lo necesitaba) nos sirve como ejemplo y señal de que necesitamos este lavado espiritual.

Ahora bien, algunas personas no creen que necesitamos el bautismo. Dicen que somos salvos por la fe. Citan a San Pablo, que dijo: **«... te salvarás si confiesas con tu boca que Jesús es Señor y crees en tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos.» (Rom 10,9).** San Pablo también dijo: **«Ustedes han sido salvados por la fe, y lo han sido por gracia. Esto no vino de ustedes, sino que es un don de Dios» (Efesios 2,8).**

Debido a estas palabras, algunas personas dicen que somos justificados, es decir, que somos hechos justos ante Dios simplemente por nuestra creencia en Jesucristo y el hecho de que Él sufrió y murió por nosotros. Por eso, cuando hablan de la salvación, nunca mencionan el bautismo en absoluto. Solo mencionan la fe en Jesucristo.

Sin embargo, no somos salvos **solo** por la fe. Incluso lo dice la Biblia. En la Carta de Santiago dice: **«Entiendan, pues, que uno llega a la verdadera rectitud a través de las obras y no sólo por la fe» (Stg 2,24).** El punto clave aquí es que la fe es necesaria para la salvación, pero no suficiente; se necesita más que solo la fe.

Entonces, ¿por qué es necesario el bautismo para la salvación? ¿Por qué es esencial? La respuesta corta es sencilla: es la primera forma en que somos perdonados de nuestros pecados. El bautismo sana las heridas del pecado original y nos otorga una participación en la vida de Dios, lo que llamamos gracia santificante.

A través del bautismo, nos reconciamos con Dios y somos elevados a ser sus hijos e hijas adoptivos. El bautismo nos hace parte de la familia de Dios. Como tales, tenemos el derecho de heredar lo que Dios mismo posee, es decir, la vida eterna. Es a través del bautismo que recibimos por primera vez el don de la fe y que nuestras almas quedan marcadas con una marca indeleble para toda la eternidad que indica que somos cristianos. Por todas estas razones, el bautismo es esencial para nuestra salvación.

Podemos pensar en el vínculo entre la fe y el bautismo de esta manera. La fe es como reconocer que algo es verdad y el bautismo es como abrazar esa verdad. Es poner tu fe en acción.

Cuando vas de compras, empiezas mirando las cosas, pero en algún momento dejas de mirar y haces una compra. Cuando te interesas por algún club u organización de servicio o liga deportiva, en algún momento, puedes decidir que quieres unirme y convertirte en miembro. Luego, para unirme realmente, llenas el papeleo o haces una promesa.

El bautismo es así. El bautismo es el primer paso para poner tu fe en acción. Pasas de mirar desde afuera hacia adentro a convertirte en miembro de la Iglesia y en hijo o hija adoptivo de Dios. Como miembro de la Iglesia, te conviertes en parte de la familia de Dios. Dios se convierte en tu Padre y Jesús en tu hermano. Entonces tienes el derecho a recibir los demás sacramentos y todas las gracias y privilegios de la membresía. Al mismo tiempo, también tienes el deber de vivir como un miembro fiel de la Iglesia de Cristo, dando un buen ejemplo a los demás viviendo en el amor.

El bautismo es necesario y vital para nuestra vida espiritual. Incluso si no pensamos en él todos los días, incluso si no tenemos recuerdos reales de nuestro propio bautismo, sigue siendo algo que opera en el trasfondo de nuestra vida espiritual todos los días, a cada hora y a cada minuto.

Permíteme decirlo de otra manera. Supongamos que no te has bautizado. ¿Qué sucedería entonces? Bueno, en primer lugar, significa que no eres miembro de la Iglesia. Eso también significa que no podrías recibir la Sagrada Comunión ni el Sacramento de la Penitencia, ni la Confirmación, ni el Matrimonio, ni la Unción de los Enfermos. Ninguna de estas fuentes de la gracia de Dios estaría disponible para ti.

Además, no formarías parte de la familia adoptiva de Dios. No serías hijo o hija de Dios. En cambio, serías como un vecino o un conocido o un pariente lejano. No serías familia. Dios no sería tu Padre y Jesús no sería tu hermano, excepto en un sentido lejano, y tú mismo probablemente no pensarías mucho en esto.

Solo piensa en las personas que no son religiosas o que no están bautizadas o que no bautizan a sus hijos. ¿Con qué frecuencia crees que piensan en Dios como un Padre amoroso? ¿Con qué frecuencia dan gracias a nuestro Señor por el sacrificio que hizo por nosotros? ¿Con qué frecuencia se consuelan con el hecho de que Dios nos ha acogido y nos ha hecho parte de su propia familia divina? Probablemente no muy a menudo.

Así que aquí está la cuestión, y esto es importante. Vivimos en un mundo donde la mayoría de las personas, incluso aquellas que pueden haber venido de trasfondos cristianos, nunca piensan en el bautismo. Además, tampoco piensan en bautizar a sus hijos, a menos que la abuela los esté molestando.

Entonces, ¿cómo nos afecta esto? Bueno, significa que debemos reconocer que los católicos somos muy diferentes de otras personas. Dicho esto, deberíamos pensar en lo que significa ser bautizado, y lo que significa es esto: a través del bautismo, nos hemos convertido en parte de la familia de Dios, y eso a su vez significa que debemos vivir de manera diferente a aquellos que no pertenecen a nuestra familia.

Debemos vivir como hermanos y hermanas en el Señor, cuidándonos y ayudándonos unos a otros y viviendo en paz unos con otros y siendo indulgentes y misericordiosos unos con otros, como nuestro Señor Jesucristo lo ha sido con nosotros. Eso es lo que significa amar a nuestro prójimo.

También debemos amar a nuestro Dios, adorarlo y expresar nuestra gratitud y agradecimiento por el gran amor que nos ha demostrado. Lo hacemos yendo a misa los domingos. Eso es lo que significa amar a Dios con todo nuestro corazón, mente, alma y fuerzas.

Otra cosa es ésta: debemos decirles a los demás lo importante y necesario que es bautizarse. Debemos hablarles de Jesús y luego, una vez que crean, ayudarlos a poner su fe en acción bautizándose.

Una última cosa: un recordatorio para los padres: la Iglesia espera y exige que bauticen a sus hijos en las primeras semanas después del nacimiento. No hacerlo es un pecado grave, así que no se demoren en bautizarlos.

De todo esto se desprende que es bueno que pensemos de vez en cuando en nuestro bautismo y demos gracias a Dios por habernos concedido el don de la fe y la gracia de ponerla en práctica. No ha dado estas gracias a todo el mundo, y el hecho de que nos las haya concedido a nosotros es una señal de su favor especial para nosotros, y eso también es algo por lo que debemos dar gracias. Amén.